

## CARTA ABIERTA A LOS TEOLOGOS

---

POR JEAN FOURASTIÉ  
(LE FIGARO, 5.7.73)

"La misa de las 11 en San Eustaquio", crónica que había publicado Jean Fourastié en nuestro número 24 de marzo le valió una correspondencia enorme. Decidió, por tanto, responder a sus comunicantes dirigiéndoles un texto global con el título de "Carta abierta a los Teólogos".

Ha recibido tantas solicitudes que no ha podido responder individualmente. Por eso nos hemos decidido a publicar esta "Carta abierta".

o o o

---

Soy indigno de escribir esta carta, tan inconsistente como pudieran ser su audiencia y sus efectos. Estoy seguro de que no poseo ni la milésima parte de información necesaria como para tratar este trascendental asunto. Tampoco puedo presumir de aptitudes intelectuales, y menos aún de auxilios sobrenaturales, como exigiría el estudio correcto de estas informaciones.

Sin embargo, si escribo es por motivos de dos órdenes:

- el primero porque es propio de la condición humana tratar y decidir sobre problemas vitales sin disponer de conocimientos ni de procedimientos analíticos que serían necesarios para proceder correctamente;
- el segundo es que la tendencia que prevalece desde hace una decena de años me parece, para la humanidad, conducente a situaciones críticas prolongadas y trágicas. Estas circunstancias graves llaman a una reflexión en la que todos debemos participar según nuestras fuerzas, aun cuando nuestras reflexiones nos parezcan estériles y hasta ridículas.

Este segundo punto exige algunas precisiones. Se trata, primeramente, del sentimiento de fracaso de los esfuerzos emprendidos desde hace cien o ciento cincuenta años, pero más concretamente desde hace diez años (puesto que desde hace diez años iglesias y seminarios se vacían más rápidamente), para "salvar la fe religiosa y, especialmente, la fe cristiana".

Se trata también del peligro que amenaza a una especie de seres vivientes, biológicamente constituídos en especie humana y en condiciones sociales y culturales en las que se encuentra actualmente, cuando esta especie pierde el apoyo de una fe religiosa.

En fin, el objeto esencial de esta "carta abierta" es una reflexión sobre las causas posibles del fracaso de los esfuerzos de "aggiornamento" y el examen de ciertos factores nuevos, de ciertas "informaciones" nuevas, cuya negligencia podría explicar el fracaso y cuya consideración podría autorizar la esperanza.

El fracaso de los esfuerzos de la "puesta al día", de modernización o de renovación de la fe religiosa en el mundo contemporáneo no debe ser apreciado solamente en una nación, ni debe referirse solamente a la fe católica o protestante, ni se debe considerar exclusivamente en el contexto de los diez o quince últimos años.

El fracaso hay que medirlo a escala mundial y a escala secular; está en consonancia con el significado que el hombre puede darle a su existencia. A estas escalas las consideraciones pueden parecer falaces (hoy día muy corrientes), sobre la intensidad y autenticidad de la fe del pequeño número que ha permanecido "fiel" y que compensaría su universalidad.

#### La humanidad todavía no es adulta

De hecho, tanto en cualidad de fe como en número de creyentes, se ha podido pensar durante muchos siglos que la humanidad entera se orientaba hacia consideraciones o concepciones religiosas del mundo, de acuerdo con sus conocimientos científicos y capaz de sostener su ardor de vida. Pero desde hace dos siglos el fracaso cada vez es más firme.

Muchos de nuestros contemporáneos así lo constatan sin pena, e incluso con agrado. Estiman que si la humanidad ha tenido en el pasado necesidad de tales concepciones religiosas, ese tiempo ha pasado a la historia: "la humanidad ha llegado a adulta"; la ciencia le basta para explicarle su ser. Incluso si se admite que la condición humana es particularmente dura en un mundo sin Dios, cada uno debe asumir heroicamente su condición.

La principal razón por la que he escrito esta "carta abierta", y por la que he escrito y pienso escribir varios libros, es porque yo no comulgo con esta opinión. Es más, yo creo que puedo decir que debe ser considerada científicamente errónea. Las razones pueden resumirse en dos frases. En primer lugar, que la humanidad puede considerarse "adulta" es una afirmación ingenua. ¿Es que es adulta la humanidad incluso en este siglo de guerras mundiales, de largas guerras civiles, de perturbaciones ideológicas, de luchas políticas y sociales?.

La historia biológica, la historia zoológica del "homo sapiens" no anuncia nada de esto. A lo sumo en cien o doscientos mil años, puede ser que en un millón de años, se podrá vislumbrar el panorama de una humanidad adulta.

También es cierto que la ciencia hoy día, tan eficaz en el descubrimiento del "cómo", se muestra impotente para aclararnos el "porqué"; no ha podido dar una significación al cosmos ni a la vida del hombre; no puede describir los fines últimos, que no pueden ser experimentalmente constatados sino al final de los tiempos, si es que debe haber un final.

A la hora presente no se puede sostener la opinión de que la ciencia funda, o que pueda fundar (desde el punto de vista humano) una filosofía, una concepción del mundo, que explique al hombre en sí mismo y responda a las interrogantes más sencillas, aquellas que cualquiera de nosotros nos planteamos desde los albores de la adolescencia: ¿para qué se hizo el cosmos?, ¿para qué se hizo la vida?.

La inoperancia de la ciencia frente a tales cuestiones es tan evidente que un gran número de hombres de ciencia se han contestado por su cuenta a estas cuestiones, argumentando que las preguntas que no pueden recibir contestación científica no deben hacerse. La ausencia de respuestas implicaría la ilegitimidad y lo absurdo de la cuestión. De hecho muchos de nuestros contemporáneos aceptan, más o menos conscientemente, tal veredicto. Reconocen que la ciencia no da sentido a la vida, pero renuncian a buscar un sentido a la vida.

Pero está claro que tal actitud no puede ser la de todos los hombres. Para una gran parte de la humanidad las cuestiones relativas al sentido de la existencia, del ser o del no ser, son permanentes e incoercibles. Para la mayoría, sin duda, son cuestiones intermitentes y menos agudas. Raro es el hombre que no se hace estas preguntas, y con emoción, sobre todo en los momentos cumbres de la vida y en las grandes pruebas de la condición humana.

Repudiar una cuestión so pretexto de que no tiene respuesta es a todas luces cosa extraña al espíritu científico experimental.

El conocimiento humano progresa porque los hombres se hacen preguntas que al principio no tienen respuesta, pero que con el tiempo dan con respuestas cada vez mejor informadas. Decir que estas cuestiones exceden los límites del método científico es constatar un hecho que actualmente se observa. Decir que ellas exceden las facultades del cerebro humano es contrario a la realidad observada, porque las inquietudes y actividades religiosas son más bien corrientes e incluso superficiales en el ser humano.

Es preciso añadir algo más. La humanidad ha venido a un estado de su evolución en el que una reflexión o una información sobre sus fines últimos son necesarios para su supervivencia.

La historia y la prehistoria muestran que la aparición del fenómeno religioso está íntimamente ligada a la emergencia de la raza humana. La biología, en nuestros días, nos puede dar razón de ello.

Desde que en un ser vivo, un neocéfalo (el neocórtex) se une al paleocéfalo, los reflejos instintivos son deliberados, juzgados y controlados por un pensamiento y claro: la conciencia del futuro, el recuerdo del pasado, llaman al ser humano para una serie de explicaciones y reglas de conducta, es decir, concepciones del mundo, normas morales, aptas a superar el instinto.

Hoy día el hombre medio está todavía más confrontado directamente al misterio de su condición. La elevación de su nivel de vida, la reducción de la duración y de la penosidad de su trabajo, el aumento de sus informaciones sobre el hombre, sobre la sociedad y sobre el universo, la prolongación de la vida media no sólo hasta las edades de la reflexión y de la madurez, sino hasta la ancianidad; todos estos factores ponen al hombre de nuestros días en una situación tal que en otros tiempos solamente conseguían algunos privilegiados.

Al mismo tiempo, las explicaciones simples y las directivas dogmáticas que bastaban antaño para aceptar la dureza de su condición y orientar su acción ahora le parecen ridículas e, incluso, ni se le presentan.

#### La necesidad de una concepción del mundo

En la misma medida en que uno es vestido, alimentado, alojado y calentado; en la misma medida en que uno ha ido a la escuela hasta los dieciseis o dieciocho años; en la medida en que un operario alcanza hoy día el nivel de consumo que ayer tenía un consejero de estado; en la medida en que nuestros esfuerzos no son monopolizados por el trabajo servil; en la medida en que las obligaciones de nuestra "condición" se liberan, aumentando el campo de las posibilidades, el hombre medio es llamado a una reflexión metafísica menos superficial y a opciones morales más frecuentes y más abiertas.

Una conciencia más aguda de la complejidad y de la evolución del mundo le hacen ver la diferencia entre la verdadera vida (es decir, la vida tal como la creen posible los adolescentes) y la vida verdadera (es decir, la vida realmente vivida). Cada vez tiene más información y conciencia sobre las injusticias, las violencias, la muerte; sobre la intolerancia creciente ante el sufrimiento, sobre el desprestigio de la paciencia, sobre la sospecha y suspicacia de la autoridad, el deseo de darse cuenta y juzgar por uno mismo. Todos estos factores y otros muchos le acucian a interrogarse sobre el sentido de la vida.

Cada individuo tiene, pues, en la medida de la información, una autonomía y una inteligencia crecientes, una necesidad cada vez más acuciante sobre la concepción del mundo, que le hace orientarse en su elección, en los éxitos, en las penas, en su desarrollo. Pero, a la hora actual, para la masa del pueblo, esta concepción del mundo no existe.

La realidad se le presenta como un "puzzle" de fragmentos incoherentes, incompatibles y, además, imposibles de ensamblar y de comprender; sin sentido, considerándolos por se parado o en conjunto.

Las ideas de insignificancia y de absurdidad que siempre han germinado en los cerebros de las clases sociales más acomodadas comienzan a esparcirse también en la masa del pueblo. La desesperación es ya grave y dolorosa cuando alcanza al reducido grupo de los Nietzsche, Rimbaud, Sartre. Pero si llegase a ganar la masa del pueblo daría lugar a los mayores su frimientos individuales y a las mayores perturbaciones colectivas.

A esta necesidad individual de una concepción del mundo se añade así una necesidad social y política. Hasta estos días, en efecto, tanto en países desarrollados como en los atrasados, se podía pasar dando a la sociedad la única misión de asegurar más o menos bien el orden necesario para la vida física de los ciudadanos. Mayo de 1968 ha demostrado bien, por lo menos a los franceses, que la era de la "sociedad de consumo" toca a su fin, en Occidente. No se trata solamente, hoy día, de dar a los hombres trabajo y consumo. Hay que dar les vida.

Así pues todos sus designios sobre la sociedad futura, sobre la fraternidad, sobre el socialismo, sobre la libertad, están ligados a una imagen del hombre y, en consecuencia, a una concepción del mundo, a una respuesta a las preguntas ¿para qué se hizo al hombre, ¿para qué se hizo la vida?.

La sociedad de "la dicha nacional" está ligada al conocimiento de lo que puede ser la dicha para el hombre. Y no puede haber felicidad para el hombre en una situación que él estima absurda.

Los economistas, los sociólogos, los hombres políticos, los jefes de empresa, los sindicalistas, los jueces, los médicos, tienen en nuestros tiempos necesidad de una concepción del mundo y del hombre que oriente sus decisiones y sus actos. Pero, a la hora actual, tal concepción del mundo, en la mayoría de entre ellos no existe.

El hombre, cada vez más apto para perfilar y "fabricar" su porvenir, es cada vez menos capaz de responder a las cuestiones de su futuro. No puede encontrar sentido ni al universo, ni a su propia vida, ni, en consecuencia, a la sociedad. La impotencia excluye a la vez a la felicidad y a la racionalidad. Engendra a nuestros ojos estas sociedades "avanzadas" en las que los frigoríficos y las máquinas de afeitar eléctricas

cas son cada vez más "racionales", pero sin una racionalidad global. Engendra a nuestros ojos esos hombres mudos en la búsqueda de confort y del placer con afán frenético; desorientados y desesperados desde que la saciedad, el sufrimiento, la meditación, los callejones sin salida a los que conduce nuestra cortedad le presentan cuestiones a largo plazo; desde que las vanidades del tener le abren los problemas del ser.

Estos hechos dejan temer la generalización de los sentimientos de desesperación y los horrores que engendra normalmente la desesperación en el hombre: a escala individual, pérdida del ardor de vivir, de la alegría, del gozo, de la felicidad, de la vitalidad; a escala colectiva (grupos o naciones), fragmentación en sectas, no encontrando más que en la agresividad y la violencia el olvido de su particularidad y de su precariedad.

Estoy seguro, lo creo firmemente, que la humanidad no se hundirá en la tragedia y en la desesperación. Pero tendrá que ser por una vuelta decisiva de su situación presente; por la llegada de una concepción del mundo, de una religión, válida para el tercer milenio.

Esta asimilación de las nociones de "concepción del mundo" y de "religión" extrañará sin duda a algunos de mis lectores. Realmente, no es clásico. Pero me parece que se impone en el estado actual de conocimientos humanos, por las razones que han sido expuestas arriba y que pueden ser resumidas así:

1. Una concepción del mundo es una explicación del mundo y de la vida, que responde o ayuda a responder a las preguntas que se hace el hombre cuando él se interroga sobre la significación de la existencia y sobre el modo de empleo de su ser.
2. Hoy día está demostrado que la ciencia experimental es incapaz de responder a estas cuestiones. ("La ciencia no es capaz y no lo será jamás", dice Claude Lévi-Strauss; aquí me basta con constatar que la ciencia es incapaz).
3. Así, lo real no basta para explicar lo real; lo natural no basta para explicar lo natural. Toda concepción del mundo debe apelar a lo sobrenatural. Toda concepción del mundo debe apelar a lo surreal. Toda noción surreal que pretenda explicar lo real es lo que en lenguaje clásico se llama "sobrenatural". Una religión es un conjunto de convicciones, de doctrinas y de prácticas que constituyen la relación del hombre con lo sobrenatural.

Entonces nos debemos preguntar cómo la humanidad, al menos en esta fracción la más avanzada en conocimientos científicos y en avances técnicos, ha perdido la fe en la concepción religiosa del mundo, que le había permitido subsistir y progresar, y esto precisamente ahora en que tal explicación del mundo era más necesaria que nunca para la existencia individual y colectiva de los hombres.

Una reflexión sobre estas causas preparará nuestra reflexión sobre las soluciones.

La opinión en Francia entre los eruditos de nuestros días es que la Iglesia católica ha perdido la confianza del pueblo por su alianza con la aristocracia primeramente, luego con la burguesía.

Esta opinión parece de poco valor. Es cierto que en Francia, sobre todo desde 1850, ha sido una parte de la clase dirigente la que se ha mantenido más fiel a la Iglesia católica más que la masa obrera. Pero la fe en Dios está infinitamente por encima de esta dicotomía social. Un pueblo miserable, sometido a los horrores del hambre y de las miserias, ha estado sometido durante siglos al sagrado de los reyes.

Inversamente, la incredulidad se abrió camino por la vía de la burguesía de los Voltaire y de los Enciclopedistas; sus voces han desencadenado el ateísmo de los líderes de la "izquierda"; un ateísmo confirmado por Stendhal, Renan, Zola, Gide, Camus, Montherland ...

Los burgueses que han fundado la República y la universidad republicana son "laicos" desde hace más de un siglo. Todavía hoy la actitud de un Jacques Monod, de un Raymond Aron o de un Jean Rostan hacia la religión cuenta mucho más para la opinión pública que la presencia o ausencia de tal o cual notable en la misa dominical.

Por otra parte, la proporción más fuerte de "practicantes" entre la clase dirigente, más que entre la clase dirigida, se explica fácilmente por la conciencia más acuciada entre los primeros por los problemas que yo he evocado en mi introducción, y por el decálogo temporal que se instituye mecánicamente entre las opiniones de estas clases dirigentes.

Si una mínima parte de nuestros campesinos de la Vendée o de la Lozère han permanecido anclados en la época de Chateaubriand, la mayor parte de las gentes de nuestras ciudades permanecen en la época de Zola.

No es, pues, en el pueblo donde hay que buscar la clave de la crisis, y menos en la burguesía indecisa y dividida, perteneciente a la clase dirigida en materia de religión.

La clave de la crisis no se puede encontrar sino en la clase dirigente, entre los hombres que hacen la opinión de los demás, porque éstos le reconocen autoridad y competencia. En materia de concepción del mundo son los intelectuales y los hombres de ciencia los que imponen su opinión.

Lo que ha roído, minado y casi arruinado las creencias religiosas por todo el mundo, y no solamente en el ámbito cristiano, es el éxito, el progreso de las ciencias experimentales y su efecto disolvente sobre las creencias de la "inteligentsia".

No creo que sea necesario, en un texto destinado a un público informado de la historia de las ciencias y de las ideas, extenderme sobre los golpes sacudidos a la religión por la ciencia. Ya explicará más adelante cómo la Iglesia tuvo que acomodar los descubrimientos de Copérnico, de Galileo, de Darwin. Pero también se sabe cómo la Iglesia tomó partido en la oposición, en la lucha y, finalmente, en el desastre.

El resultado es que, desde el siglo XVIII, los hombres de ciencia, la mayor parte de los filósofos y del público "ilustrado" buscó fuera de la religión el sentido de la existencia humana. La misma lucha que una gran parte de ellos tuvo que sostener contra la Iglesia, contra el clericalismo, contribuía a disimular las insuficiencias de su concepción laica del mundo.

Finalmente, hacia 1900, la inmensa mayoría de los miembros de esta ala avanzada del pensamiento humano creía encontrar en la ciencia experimental la significación de la vida; y en la muerte de Dios no sólo la explicación, sino la liberación del hombre.

Hoy día, como lo he dicho ya, la situación es muy diferente. Sin duda, hombres como Jacques Monod, Francois Jacobs y probablemente una larga mayoría de investigadores e "intelectuales" franceses se reanocen ateos, o sin religión. Pero sus opiniones son mucho más diluidas e inestables que hace setenta y cinco o cien años.

Casi nadie, lo hemos comprobado, se atreve a apelar exclusivamente a la ciencia para explicar la concepción del mundo, una concepción que sea satisfactoria para el hombre y que dé un sentido a su vida, al universo.

En esta situación dos vías se abren ante la humanidad. La primera conduce a aceptar el absurdo; la segunda a buscar la significación y la racionalidad en lo sobrenatural.

#### La vía del surrealismo

La primera consiste, según yo creo, en aceptar que los límites de la ciencia son los del pensamiento humano; lo cual es, objetivamente, inexacto.

Esta vía presupone que hay que mantenerse en ella sin suicidios individuales ni colectivos, sin desgarramientos trágicos, sin desesperación; supone que las sociedades pueden ser organizadas y dirigidas sin valores ordenadores, sin racionalidad; supone que personas humanas pueden constituir-

se y ser, considerándose como insignificantes, insensatos, "fuera de sitio" en el universo (como lo ha dicho Sartre). Esta vía no es la mía. No es aceptada sino por una minoría insignificante de hombres de ciencia. Lo menos que puedo decir de ella es que se trata de una abdicación prematura. No se impondrá sino en el caso de que la segunda vía se compruebe, tras una experiencia secular que no conduce más que a callejones sin salida.

Hoy esta segunda vía del surrealismo se impone. Ella tiende a reconocer y a buscar una proyección sobrenatural que da un aspecto, una cara, al "puzzle" y, por tanto, una coherencia a sus fragmentos. Ella debe elaborar una concepción del mundo, así como las convicciones, la fe, que explican lo real, dan un sentido al ser y una finalidad a sus decisiones. Es lo que yo llamo la religión para el tercer milenio.

A partir de este párrafo mi propósito tenderá más particularmente a examinar si es posible (y cómo es posible) que la religión cristiana pueda asumir esa misión.

Está claro, en efecto, que si la concepción del mundo capaz para nuestro tiempo debe apoyarse sobre factores sobre naturales para explicar correctamente lo natural, es preciso pensar con prioridad en las religiones más evolucionadas de la humanidad y, sobre todo, en aquellas que han animado hasta nuestros días los grupos más avanzados de la humanidad en el conocimiento de lo real.

El problema esencial del "aggiornamento" se formula, pues, netamente: el conjunto ciencia-religión forma nuestra concepción del mundo; todas las informaciones que la ciencia aporta sobre lo real se reciben en primer lugar; pero ellas son (y serán por mucho tiempo) insuficientes. La religión comienza donde acaba la ciencia; ella apela a lo sobrenatural, a la fe, para explicar lo que la ciencia no puede explicar, para dar un significado al universo y a la vida, y por lo tanto para dar fundamento a los valores necesarios al hombre con los que se pueda superar el instinto.

Estas reflexiones permiten comprender plenamente las críticas que se dirigen a las corrientes dominantes de la teología contemporánea y que yo resumo bajo los apelativos de "fijismo", "populismo", "formalismo", "secularización" y "pasadismo".

La religión no puede permanecer fija mientras la ciencia progresa, ya que ciencia y religión deben formar un conjunto coherente.

El progreso de la ciencia hace descender del terreno de la religión al terreno de la ciencia ciertas informaciones, precisándolas muy a menudo. Ejemplo: la historia de la tierra y la aparición de los seres vivos. Por el contrario, la ciencia aporta a menudo informaciones nuevas que no estaban in-

cluidas en los mensajes religiosos, pero que pueden presentar a la religión nuevos problemas, exigir de ella nuevas concepciones.

Ejemplo: la inmensidad del universo, la pluralidad de los mundos habitados, la función y la naturaleza de la energía, la evolución de los seres organizados bajo la influencia de la selección natural, etc. .

La religión debe recibir con alegría los "descubrimientos" que acrecientan los conocimientos del universo y de sí mismo. La religión no se debe extrañar de las precisiones, de las ampliaciones, de las correcciones que la ciencia aporta a los mensajes religiosos, en otro tiempo aproximados, imprecisos y a veces, incluso, erróneos; ni tampoco debe la religión retroceder ante las ampliaciones o modificaciones que esos descubrimientos exigen de la doctrina religiosa.

### Tres pilares del "aggiornamento"

El populismo es la opinión que afirma que la Iglesia y la fe se salvarán mostrando al pueblo que la Iglesia y la fe están de conformidad con las reivindicaciones políticas y sociales del pueblo.

En efecto: el pueblo no va a la Iglesia para oír decir a los sacerdotes las mismas cosas que Jacques Duclos, Francois Mitterrand o Michel Debré. Es que los militantes políticos o sindicalistas lo hacen mejor ... y con más eficacia.

El pueblo, así como todos los hombres, esperan otra cosa muy diferente de la Iglesia y de la fe: una explicación del mundo, una significación de la vida, la afirmación y la participación de lo sobrenatural que da esta explicación y esta significación, la solemnización, la sacralización de los grandes acontecimientos de la existencia.

Además dirá más alto que la opinión religiosa del pueblo está dirigida con un decálogo de unos cincuenta o cien años a lo más, emanado de la opinión de la clase dirigente y de los hombres de ciencia.

Es, pues, a los "premios Nobel" a los que evoco para comprender el estado del espíritu, en el que la Iglesia y los teólogos deben pensar para hacer su "aggiornamento". Las necesidades espirituales de los "premios Nobel" son hoy días las necesidades del pueblo de mañana.

El formalismo es la opinión que cree que las iglesias se llenarán hablando francés en lugar de latín, cambiando la liturgia, introduciendo "novedades", innovaciones de cambios formales, favoreciendo la iniciativa, la creatividad de cada sacerdote y de cada grupo. De hecho, una experiencia secular había enseñado a la Iglesia que las iniciativas válidas son infinitamente más raras que las falaces mediocridades.

La experiencia actual nos llevará a las mismas conclusiones.

De todas maneras, el problema religioso de nuestro tiempo no está ahí, ni jamás ha estado ahí. Trataré más adelante de la cuestión de los ritos.

La secularización es la falta más grave de la teología contemporánea. Es la tendencia a eliminar lo sobrenatural, a minimizar, tender a negar, la trascendencia. Ya hemos visto: es inútil pretender explicar lo real no recurriendo más que a lo real.

Es un abuso de término el hablar de religión sin Dios, o si se quiere hablar de cristianismo sin Trinidad divina. Sólo lo sobrenatural apela a la fe; lo natural no apela más que a la constatación, a la observación científica.

Por lo que se refiere al "pasadismo", hablaré de ello al tratar de la Revelación.

\* \* \*

Siendo así las cosas y los hombres, se podría conseguir que las líneas generales de los problemas propuestos hoy día a las religiones fuesen más claros y más sencillos que lo que a primera vista aparecen al observar la confusión cotidiana de la Iglesia.

El hombre dispone de dos formas de conocimiento:

- . la ciencia, que no tiene en cuenta sino lo real sensible
- . la fe, que conoce lo sobrenatural sin prueba experimental

Pero, tras un corto período en el que los mejor informados de entre nosotros han podido creer que la ciencia bastaba para describir y explicar, asegurar y orientar la condición humana, se dan cuenta hoy día que su poder tiene unos límites. La consideración de lo real no basta para explicar lo real. Tal como el efecto supone la causa, lo natural implica lo sobrenatural.

Las más sencillas cuestiones que se plantea el hombre necesariamente, al menos en las grandes etapas de su existencia, tanto los hombres más insignificantes como los "premios Nobel", ¿qué es la vida?, ¿para qué es la vida?, etc., no reciben ninguna respuesta de la ciencia. Esa respuesta no la pueden recibir sino de la fe.

Por ejemplo: ¿por qué soy yo un ser viviente en la tierra?. ¿Qué debo realizar en mi vida para conseguir ser y haber sido?.

Gabriel Marcel ha dado la respuesta válida, no digo la verdadera, la respuesta posible; admito que se rechace la respuesta y en consecuencia la aceptación del absurdo, de la resignación en la desesperación. Se trata de la siguiente espuesta:

"yo no sé qué puede ser la vida si no es una prueba"

Esta respuesta implica algo sobrenatural; un sistema de referencia, una concepción del mundo, una significación del universo, una misión en la vida, una misión para la humanidad, para la persona humana. Implica, igualmente, un testigo, un juez de la prueba: Dios.

Aceptar, reconocer la existencia, la superrealidad del mundo sobrenatural, es tener una fe.

Hay diferentes clases de fe. De hecho, cada hombre tiene su fe propia, es decir una concepción personal del mundo natural y sobrenatural. El pecado de las Iglesias es el de querer enrolar o afiliar a los hombres. Eso no implica, evidentemente, que lo natural y lo sobrenatural sean "subjetivos". Existe una verdad independientemente de lo que cada hombre pueda pensar. Pero cada hombre no tiene de ella más que un conocimiento parcial y deformado.

Toda fe implica ciertas actitudes, cierta andadura en relación con lo sobrenatural, ciertos RITOS; y se precisan ciertos esfuerzos para el conocimiento del mundo sobrenatural.

La REVELACION es la fuente principal de este conocimiento.

### La importancia del rito

Los ritos. La mayor parte de los sacerdotes de nuestros días subestiman la importancia del rito; es altamente llamativo que ignoren muy a menudo las bases populares, biológicas y culturales del rito; el concepto que tienen del rito es inferior al que pueda tener un hombre cualquiera, inferior incluso al de un "no creyente". El pastor tiene mucho que aprender de sus ovejas.

Todos los teólogos deberían haber leído dos obras maestras, las dos escritas por agnósticos, pero que enfocan muy bien, mejor que otros, las bases sobrenaturales y naturales de la cuestión. Se trata de "Civilización tradicional y género de vida" y "El hombre microscópico", el primero de André Varagnac y el segundo de Pierre Auger.

Se impone una revisión en el concepto del rito que impera entre nuestros teólogos. Es una cuestión capital cuyo examen implica largos estudios.

El hombre es muy exigente en cuanto a los ritos. Cuando más cambia el mundo actual más se adhiere a la permanencia del rito. El contacto con lo sobrenatural exige y procura una emoción; la emoción exige y engendra el recuerdo de emociones anteriores. Todo cambio en los ritos provoca la admiración, la interrogación, la incomprensión, la crítica y la desafección.

Se puede de esta manera decir (contrariamente a las conclusiones de un razonamiento superficial) que los ritos sobreviven a las creencias, pero que las creencias no sobreviven a los ritos.

De todas formas, es un grave error pensar que los ritos puedan degenerar en anarquía sin que las creencias lo hayan hecho así.

El hombre es casi intolerable con la evolución de los ritos; pero al revés, el rito, cuando es ancestral, es muy tolerante respecto a la fe.

Desde hace más de diez mil años el hombre deposita coronas de flores y de hojas sobre el cadáver de sus parientes. En la humanidad, la concepción del mundo evoluciona lentamente, pero el rito evoluciona más lentamente todavía.

El sacerdote transforma en sagrado las cosas y hace de lo natural algo sobrenatural.

La dualidad del matrimonio civil y religioso muestra bien el papel que desempeña el sacerdote: el alcalde constata y registra experimentalmente (es decir, técnicamente, científicamente) el acuerdo mutuo de los esposos; el sacerdote añade a esto la presencia de Dios y el compromiso ante El. En el matrimonio civil son los esposos los que se unen; en el matrimonio religioso los esposos imploran a Dios que les una; al compromiso natural añaden el compromiso sobrenatural.

Cuando los hombres vienen a pedir a la Iglesia un sacramento, la Iglesia, el sacerdote, no deben intentar enrolarlos en las filas de los "fieles". Tú eres la vid y yo un sarmiento. Yo voy a la vid cuando siento debilitamiento en la sabia, o cuando los grandes momentos del año o de la vida así lo requieran.

Finalmente, la palabra clave del rito y de la liturgia, no es novedad, creatividad, innovación, sino casi todo lo contrario; es la palabra que concilia el cambio y la permanencia, la identidad y la evolución, lo caduco y lo duradero; es la palabra clave de la historia natural, de la zoología, de la biología: la PRIMAVERA.

## La Revelación

Una religión, según ya lo hemos dicho, es una concepción del mundo que apela a lo sobrenatural para aclarar la condición natural de los hombres y darle un sentido. Es factor decisivo en las grandes decisiones que debe tomar el hombre en su actividad privada y pública.

Una religión, por lo tanto, está constituida por el conjunto de conocimientos admitidos por una persona humana, conocimientos unos sobre las realidades naturales, otros sobre las surrealizaciones sobrenaturales, unos con un fundamento científico, otros con el fundamento de la convicción o de la fe.

Una religión está relacionada con un tiempo, un lugar y una persona. Mi conocimiento de lo real depende no solamente del hecho de que soy nacido en el siglo XIX ó XX, en Francia o en España, y que por lo tanto puedo abastecerme del "stock" de informaciones constituidas en estos siglos por un grupo de hombres al que pertenezco, sino también por el hecho de que tales informaciones tienen que pasar por el tamiz de la propia persona, por mis conocimientos científicos, por mis convicciones religiosas recibidas de mis padres, de mis prójimos, de mis profesores, de tales o cuales lecturas.

En estas condiciones, el conocimiento de lo sobrenatural, la fe, dependen de todas las informaciones que una persona humana puede recoger sobre lo natural y lo sobrenatural. Los unos son de origen natural (la ciencia), los otros son de origen sobrenatural (la revelación).

Pero lejos de oponerse y de contradecirse, estas dos fuentes de informaciones se completan.

De la misma manera que es absurdo reprochar a la ciencia, al mismo Descartes incluso, (en el siglo XVII) sobre sus errores sobre la naturaleza de la luz, asimismo es ingenuo reprochar a la Religión haber enseñado durante siglos un esquema un tanto rudimentario sobre la génesis de la tierra. O todavía más: hacer culpable a Cristo por no haber dado a conocer a sus discípulos la dimensión de las galaxias, la estructura del átomo o la evolución de los homínidos. A pesar de todo, allí están las informaciones mayores para nuestra concepción del mundo, y por lo tanto para nuestra fe de hoy.

## La Revelación continúa

Mal nos podemos imaginar una revelación adecuada a bueyes o a perros, faltos de instrumento cerebral para considerarla; de la misma manera, la Revelación destinada a la especie humana está relacionada con la edad mental alcanzada por la humanidad en la época o fecha en la que se recibe la información.

Uno de los grandes errores que haya cometido la Iglesia, un error positivamente absurdo, es considerar y declarar arbitrariamente que la Revelación está cerrada.

Un texto evangélico o bíblico no tiene otro sentido que aquel que le ha dado el que ha escrito y para aquellos para quienes está escrito. Ese sentido está de acuerdo con la edad mental de esos hombres, a su conocimiento de lo real, su concepción fundamental del mundo, que no puede ser modificado sino lentamente por retoques sucerebrales apropiados. Ocurre lo mismo que si tratamos de enseñar a niños de once años las matemáticas o la física que se enseña en la Escuela Superior de Ingeniería.

Inversamente, es inútil y, si reflexionamos, hasta deshonroso y escandaloso pretender extraer de un texto escrito hace mil ochocientos años otras informaciones que las servidas a nuestros antepasados. Del mismo modo sería falaz pretender deducir la teoría de los "cuanta" de un tratado de Física de 1.850, o de un manual escrito en nuestros días por alumnos de Bachillerato.

Nos es preciso aceptar una concepción flexible de la Revelación. A la hora actual, la Revelación comporta no solamente textos bíblicos del Nuevo Testamento, que mantiene sin duda un peso preponderante, ya que es la base esencial de nuestra fe, sino también los textos de los Padres de la Iglesia, hasta los textos que se publican en nuestros días. Más todavía: todos los grandes resultados, las informaciones fundamentales aportadas por la ciencia, y especialmente la Paleontología, la Prehistoria y la Historia, la Biología, la Zoología ...

Pertenece a los teólogos intentar hacer la suma de estas revelaciones, y deducir de ahí imágenes del mundo real y del mundo sobrenatural de Dios; imágenes necesarias a la fe porque ellas evocan la verdad, y porque sin ellas la humanidad no puede realizarse.

Es propio de los protestantes el dejar a cada cristiano la libre interpretación siguiendo los impulsos del corazón. La Iglesia católica, al contrario, agrupa a los creyentes que prefieren que un permanente "consensus" colectivo sea explícitamente constatado por el Papa, antes que las "investigaciones" le sean expuestas a la masa de los fieles.

De todas formas, es preciso en esta materia, más que en las ciencias, descartar los ridículos entusiasmos de las modas intelectuales. Las concepciones del mundo, las religiones, se juzgan a la escala de siglos, de milenios.

Habiendo ya pasado la generación de los descubrimientos, ahora estamos en la etapa de los ensayos. Pero en materia de concepción del mundo los ensayos tienen por término varios milenios. Ninguna especie viviente puede cambiar de instintos sin perecer.

La humanidad no puede cambiar "sus fines últimos" sin adherirse a otra finalidad, a otra surrealidad, apta para fundamentar su porvenir durante milenios. La humanidad no puede sino evolucionar las finalidades que ya tiene a la lenta medida del tiempo de la evolución biológica, en conexión con la lenta superación de la edad mental de los hombres.

### Lo sobrenatural y el milagro

El teólogo debe estar y está en la brecha del trabajo a todo lo largo de la historia. Solamente a través de los siglos consigue parte de sus propósitos, con sus estudios y los prototipos que aparecen en la vida.

Estos prototipos son los que dan al hombre participación en la divinidad: Dios, Cristo, los santos.

Para encontrarse con ellos, los mejores de entre los hombres se ponen en relación personal y verdaderamente surreal con lo sobrenatural. La santidad es la condición humana en la que lo natural y lo sobrenatural han conseguido un verdadero equilibrio. Clérigos y teólogos nos hablan a menudo de santos y de santidad.

En plena crisis religiosa de nuestros tiempos así están las relaciones de la ciencia y de la fe. Un conflicto se abrió desde el siglo XVI sin que haya tenido solución todavía, pero que debe tenerla. Este conflicto abarca dos campos esenciales: el "estatuto" de lo sobrenatural y el "estatuto" del milagro.

El primer conflicto está ya resuelto, como se ha visto; pero la mayoría de la masa popular y de los clérigos no han cobrado conciencia de ello.

El segundo conflicto, el del milagro, no está todavía resuelto y exige un examen honesto y profundo.

La fe en lo sobrenatural ha sido minada por la esperanza que ha engendrado la ciencia de ocupar, por ella misma y ella sola, todos los terrenos del conocimiento, encontrando en lo natural una explicación y una significación de lo natural. Pero la ciencia ha perdido ya esta esperanza; ella por sí misma ha descubierto los límites de sus dominios.

En desquite, la fe en los milagros ha quedado no sólo sospechosa, sino contestada y arruinada. Una cosa es admitir la surrealidad de lo sobrenatural como principio de explicación y de significación de la existencia y otra aceptar su intervención esporádica y maravillosa en lo real observable.

Los sondeos de opinión confirman que la gran mayoría de los franceses no creen en la curación del ciego, ni siquiera en la resurrección de Cristo. Sin embargo, ellos no se consideran menos cristianos, ni, incluso, menos católicos.

Este conflicto exige un doble examen del estatuto del milagro, por la ciencia y por la religión.

He intentado inventariar en "Las condiciones del espíritu científico" los factores del problema que somete al método experimental la existencia o la no existencia del milagro. Lo menos que se puede pensar de ello es que la cuestión está lejos de ser resuelta con claridad.

Sin embargo, yo no creo que la situación actual de los conocimientos científicos de la humanidad autorice la misma fe en los milagros que la que se tuvo en el transcurso de los milenios anteriores.

La teología, por lo tanto, debe sacar las bases de un estatuto del milagro. Hay ya buenos estudios sobre la cuestión; es preciso ahondar más con franqueza y honestidad.

Es posible que la solución esté en definitiva en el humilde reconocimiento por la religión de la relatividad histórica de las etapas de la revelación. Está claro que en el imperio romano, hace 1.800 años, los hombres no hubieran reconocido como Dios, ni siquiera como profeta o fundador de una religión, a una persona que no hiciera milagros. En nuestros días se guisa de otra forma. Lo sobrenatural no implica ni prodigios ni sortilegios. Es, sencillamente, la cara invisible de lo real.

Tales son, a mi modo de ver, las causas profundas de la crisis religiosa de nuestro tiempo y los pasos que se han de dar para su solución.

Desde hace diez años los "cambios" de la Iglesia católica se hacen sin que la masa del pueblo vea claramente las razones y los objetivos, o por lo menos sin que pueda comprender esas razones y los fines, muchas veces porque no le parecen válidos.

Nos podemos preguntar, por ejemplo, si uno de los factores dominantes de las motivaciones inconscientes o no confesadas de los militantes no será esa pérdida de la fe en lo sobrenatural, que aparece, según hemos dicho, en el siglo XIX y a comienzos del siglo XX como una consecuencia ineludible del progreso científico.

En resumen: al comienzo de la crisis la religión rehusaba dar un puesto a la ciencia en el conocimiento. En el siglo XIX la ciencia opera a la inversa, negando un puesto a la religión.

Ahora la ciencia reconoce su impotencia para comprender "todo". Corresponde a la Religión reconocer a la ciencia y darle un valor en la Revelación.

La presencia de la Iglesia en un mundo descarriado, descarría a la misma. Actualmente este desconcierto está en puertas de la ruptura.

Al paso que van las cosas, la teología cristiana, repudiando lo sobrenatural, corre el riesgo de fragmentar la Iglesia en sectas inestables, con un número ridículo de adeptos apasionados y efímeros. Los fieles a Roma también se desanimarán en su fidelidad que les fuerza muy a menudo a ser fieles a infieles o a descarriados. Están a un paso de abocar en cultos privados.

La masa del pueblo, desorientada por una "puesta al día" de la que desconoce las razones y los fines, de la que no aprueba ni las manifestaciones visibles ni los métodos, continuará separándose de la Iglesia y hará por largo tiempo la costosa, la cruel, la trágica experiencia de lo absurdo.

A pesar de todo, todas las condiciones se han reunido para la renovación, para una primavera de la fe.

Bastará para ello que las Iglesias no se desfasen (con el pueblo), sino que se anticipen. Sería suficiente que las Iglesias anuncien a todos la verdad: lo sobrenatural es la clave de lo real.

Jean Fourastié

artículo publicado en  
Le FIGARO, de París - el 5.7.1973